

LA PATERNIDAD DE CRISTO SEGÚN SAN BENITO. UNA APROXIMACIÓN A LA FIGURA DE CRISTO A PARTIR DE LA REGLA

Una regla de vida no es un tratado de teología, sino un texto legislativo. Sin embargo, contiene una teología viva: una regla es “el Evangelio vivido, la vida del discípulo, la imitación de Cristo”¹ En el presente artículo, se ensaya una aproximación al tema de Cristo en la Regla de San Benito (RB), con especial atención a la figura de Cristo como Padre. Se trata, sin duda, de un aspecto distintivo en la regla benedictina y este año (1999), dedicado a la meditación y al estudio de la persona del Padre, ofrece una ocasión oportuna para su consideración.

1. Cristocentrismo de la Regla

Ya en las primera líneas y en la conclusión de la RB, Benito presenta a Cristo como el *Señor y Rey* a quien se debe prestar el servicio de la obediencia (cf. RB, Pról. 1-3; 73, 8-9). Sin duda, como afirma Vogüé, Cristo es “el Alfa y el Omega de la obra”.² Todo está referido a Cristo: el monasterio es una *escuela a su servicio*, el abad es el *vicario de Cristo en el monasterio*, la obediencia del monje es *para no anteponer nada a Cristo*, los títulos dados al superior son *en honor y por amor a Cristo*. El autor de la regla no se propone tanto ilustrar quién es Cristo, sino indicar cómo realizar la unión con él.

Según Borias, San Benito, animado por un amor ardiente a Cristo, le da un lugar central en la RB.³ Cristo está presente en el corazón

1. H. U. VON BALTHASAR, *Die johanneischen Themen in der Regel St. Benedikts und ihre Aktualität*, Collectanea Cisterciensia 37/1, (1975), 3-14. Se cita según la traducción castellana de P.M. Alexander, *Los temas joánicos en la Regla de San Benito y su actualidad*, Proyecto 30, (1998), pp. 87-100, 88.

2. Cf. A. DE VOGÜÉ, *Saint Benoît. Sa vie et sa Règle*. Études choisies, Abbaye de Bellefontaine, 1981, pp. 111-120, 111. Editado originalmente como: *La paternité du Christ dans la Règle de saint Benoît et la Règle du Maître*, La Vie spirituelle 110, (1964), pp. 55-67.

3. A. BORIAS, *Le Christ dans la Règle de Saint Benoît*, Revue Bénédictine 82, (1972), pp. 109-139, 109-110.

mismo de la vida monástica, que es comunión con su propia vida: desde su entrada en el monasterio, el monje se une enteramente a Cristo, quien lo conduce, junto a sus hermanos, al Padre. Este *carácter cristocéntrico* es más remarcable en tanto que el autor no escribe un tratado de cristología sino una regla de vida. Nunca se habla de Cristo por sí mismo, sino siempre en función de la vida monástica y, a menudo, en forma de alusiones breves.

Los textos de la RB en los que se habla expresamente de Cristo muestran claramente una verdadera *piEDAD hacia Cristo*. En prácticamente todos los pasajes en los que se trata de él se lo presenta como **Señor y Dios**; en cambio, sólo una vez se alude al Salvador *sufriente*: “participemos de los sufrimientos de Cristo por la paciencia, a fin de merecer también acompañarlo en su reino” (RB, Pról. 50). El pensamiento del sufrimiento del Señor debe mover al monje a no abandonar la escuela de Cristo sino a permanecer en su doctrina en el monasterio hasta la muerte; porque él participa del sufrir de Cristo por medio de su paciencia. Sin embargo, esta idea no está muy subrayada; es más insistente la que destaca *el Reino del Señor*: “a fin de merecer también acompañarlo en su reino”.

Es interesante destacar que, en toda la regla, nunca aparece el nombre *Jesús*, sino sólo **Cristo y Señor**, lo cual distingue la devoción propia de la RB de aquella de Orígenes, quien con frecuencia en sus homilías utiliza fórmulas como “mi Jesús” o “mi Señor Jesús”. La diferencia se explica porque este tono íntimo no concuerda con un texto de legislación monástica como es la regla. Pero además, probablemente, esta fuerte acentuación de la *divinidad de Cristo* en la RB tiene su origen en una actitud antiarriana que, en el contexto del autor, estaba presente.

1.1. Devoción a Cristo

Acerca de la *devoción a Cristo* en la RB, se presenta como característica la exhortación del capítulo 4 sobre los instrumentos de las buenas obras: “No anteponer nada al amor de Cristo.” (RB 4, 21). El mismo pensamiento vuelve, de otra forma, en el capítulo siguiente que trata de la *obediencia sin demora*: “Esta es la que conviene a

aquellos que nada estiman tanto como a Cristo” (RB 5, 2). El tema aparece una vez más en el capítulo 72, en el que se afirma entre las características del *buen celo* que ha de tener todo monje: “y nada absolutamente antepongan a Cristo.” (RB 72, 11) En las tres exhortaciones citadas, puede descubrirse una actitud fundamental de la RB que ilumina el íntimo *amor a Cristo* del autor. En otras muchas oportunidades, la regla alude a este amor a Cristo como motivo del obrar del monje. En el capítulo 4, por ejemplo, se invita a “Orar por los enemigos en el amor de Cristo” (RB 4, 72). El monje que ha subido todos los grados de la humildad, ya no obra el bien por temor al infierno, sino por amor a Cristo (cf. RB 7, 69).

La referencia al *seguimiento de Cristo* en el cuarto capítulo es otro testimonio a favor del cristocentrismo de la regla de San Benito: “Negarse a sí mismo para seguir a Cristo” (RB 4, 10) La obra de la gracia queda subrayada especialmente en el capítulo final, en el que el autor exhorta a realizar su regla para principiantes “adiuvante Christo” (con la ayuda de Cristo), a lo que luego añade “Deo protegente” (con la protección de Dios), que ha de entenderse también de Cristo (RB 73, 8-9).

1.2. El Abad representa a Cristo

Los estudios que abordan el tema de Cristo en la RB no desarrollan directamente la relación entre *Cristo y el abad*, sino que prefieren asumirla a la hora de presentar las distintas funciones de Cristo en el monasterio: Padre, Maestro, Pastor, Médico, etc. Sin embargo, parece oportuno destacar el tema por sí mismo, para indicar la coherencia teológica del autor de la regla al descubrir la *presencia de Cristo*. Tal como lo hace la tradición, Benito sabe claramente que Cristo está presente en la autoridad, en la Eucaristía y en el pobre y necesitado. De este modo, se puede afirmar que la cristología de la RB se reviste de un sentido “sacramental”, es decir, Cristo se presenta a través de sus mediaciones y sacramentos, bajo la figura del *sacramento y del signo*. Aquí se podría ver la contrapartida del aspecto *divino* de su presentación de Cristo: lo sacramental es precisamente lo *visible y humano* de este “Dios y Señor” que es Cristo.

Con respecto a la presencia "sacramental" de Cristo en el abad, son muy iluminadoras las reflexiones de Vogüé acerca de la *unión del monje con Cristo*:⁴ esta se realiza *en la obediencia al superior*, ya que este tiene la función de significar objetivamente la voluntad del Señor. Por otra parte, es el mismo Cristo el que está presente *en el que obedece*, con lo cual la presencia del Señor se hace extensiva a toda la comunidad.

De modo que, aunque el tema del *abad* reaparezca al tratarse de las diversas figuras de Cristo, se pueden sintetizar aquí las claves de esta relación. La importancia que tiene el abad en la RB le viene dada por Cristo: porque el abad representa el lugar de Cristo, debe ser llamado *Señor y Abad*, no a causa de su propia capacidad, sino por honor y amor a Cristo (cf. RB 63,13).

El gran tema que une a Cristo y al abad es *la idea de paternidad* pensada especialmente a partir del pasaje de Rom 8, 15: "Se cree, en efecto, que hace las veces de Cristo en el monasterio, puesto que se lo llama con ese nombre, según lo que dice el Apóstol: *Recibieron el espíritu de adopción de hijos, por el cual clamamos: Abba, Padre.*" (RB 2, 2-3). El Espíritu nos hace clamar *Abba* a Cristo y este Cristo está presente en el abad. Así, Cristo se presenta como padre de los hombres, nuestro padre; nuestra relación con él es análoga a la de Cristo con su Padre: es una relación filial. Los rasgos de dulzura y piedad del abad son interpretados por Vogüé como el carácter *maternal* de su paternidad: "debe actuar según las circunstancias, ya sea con severidad o con dulzura, mostrando rigor de maestro o afecto de padre piadoso" (RB 2, 24).

1.3. Atención al Enfermo y al Huésped

La importancia dominante que tiene Cristo en la RB se pone de manifiesto no sólo por las referencias expresas a él, sino por las consideraciones hechas en torno al *cuidado del enfermo* y a la *recepción*

4. Cf. VOGÜÉ, *Saint Benoît. Sa vie et sa Règle*, pp. 119-120.

de los huéspedes. Hoy diríamos que se trata de una “opción preferencial” por ellos (según el lenguaje acuñado en Puebla por los obispos latinoamericanos), cuya fundamentación es claramente cristológica: la razón de la opción es que Cristo está presente en ellos. Con exacta percepción de este argumento teológico, Benito inicia su exhortación en el capítulo 36 que trata sobre los hermanos enfermos: “Ante todo y sobre todo se ha de atender a los hermanos enfermos, sirviéndolos como a Cristo en persona, pues Él mismo dijo: *Estuve enfermo y me visitaron y Lo que hicieron a uno de estos pequeños, a mí me lo hicieron*” (RB 36, 1-3) Los enfermos, por su parte, han de pensar que a ellos se les sirve “para honrar a Dios”, vale decir, a Cristo (cf. 36, 4). Del mismo modo, los huéspedes han de ser recibidos como al mismo Cristo porque: “*Huésped fui y me recibieron*” (53, 1). Esta actitud debe mostrarse también de manera externa, mediante la inclinación de la cabeza o la postración de todo el cuerpo, de modo que Cristo sea adorado *en el huésped* que es recibido (53, 7).

A la acogida de *los pobres y los peregrinos* se le da un relieve especial: “Al recibir a pobres y peregrinos se tendrá el máximo de cuidado y solicitud, porque en ellos se recibe especialmente a Cristo” (RB 53, 15).

2. La Figura de Cristo en La Regla⁵

Como ya se ha indicado, un estudio de la RB muestra que Cristo tiene en ella un lugar destacado. Esta *centralidad de Cristo*⁶ se presenta bajo figuras diversas. Él aparece no sólo como **Rey y Maestro de los monjes**, sino también como **su Padre**; por el contrario, no aparece su posición como Mediador entre Dios y los hombres. Muchos de los salmos citados en la regla se presentan como referidos a Cristo y, en otros casos, se observa con claridad que el autor

5. Para esta sección se sigue básicamente la exposición de: A. KEMMER, “Christus in der Regel St. Benedikts”, en: B. STEIDLE, *Commentationes in Regulam S. Benedicti*, Roma, Herder, 1957, pp. 1-14; y BORIAS, *Le Christ dans la Règle*.

6. Cf. B. STEIDLE, *Abba Vater!*, *Benediktinische Monatschrift* 16, (1934), pp. 89-101.

contempla a Cristo en el Dios de los salmos. El *amor de Benito por Cristo* se pone de manifiesto en la presentación que él hace de Cristo como motivo del obrar de los monjes o cuando caracteriza al Señor como Buen Pastor, aunque el nombre "Jesús" no aparece. Las expresiones "**Señor**" y "**Dios**", que a menudo describen a Dios, se dicen con frecuencia y con mayor naturalidad de Cristo. Como ya se ha señalado antes, el hecho de que Cristo sea visto casi exclusivamente como Dios y no como hombre (a excepción de RB 7, 32.34 y 4, 10), está en relación con la posición antiarriana vigente en la época.

2.1. *Cristo Señor*

Desde las primeras líneas del prólogo se presenta a *Cristo como Señor*: "para militar por Cristo Señor, verdadero Rey" (RB, Pról. 3). San Benito prefiere este título, *Señor*, al de Cristo (19v), como lo muestran las reiteradas veces que aparece en la regla (64v).⁷ Como también lo utiliza para designar a Dios de un modo general, queda subrayada, desde el comienzo, su fe en la divinidad de Cristo, que es el fundamento de su señorío.

Dominus (Señor) evoca también, en esta época, *la realidad de la esclavitud* de un modo muy vivo: *dominus* es el jefe de la casa, a quien le pertenece una familia, un grupo de esclavos, sobre los cuales él posee todos los derechos. En la visión de la RB, Cristo es el único y verdadero Señor de todos los monjes; desde que ellos entran en la comunidad, devienen uno en Cristo y le pertenecen totalmente: "tanto el siervo como el libre, todos somos uno en Cristo, y servimos bajo un único Señor en una misma milicia, *porque no hay acepción de personas ante Dios*" (RB 2, 20).

A esta concepción de Cristo como Señor, va unida la idea de la *pobreza del monje* según San Benito. El monje renuncia a todo bien y a su propia voluntad, mediante su profesión. Su condición es toda-

7. Para un estudio de detalle, cf. A. BORIAS, *Dominus et Deus dans la Règle de saint Benoît*, Revue Bénédictine 79, (1969), pp. 414-423.

vía más despojada que la del pobre (mendigo); como el esclavo, él ha perdido hasta su capacidad de poseer: no se pertenece más, ha devenido de su Señor (cf. RB 33, 3; 58, 24-25).

Cristo ejerce su señorío por *intermedio del abad*, quien es llamado “señor” por esta razón (RB 63, 13) y permanece a su servicio (64, 21). Como todo padre de familia, Cristo asegura, por su representante, la subsistencia cotidiana y la recreación de los monjes que todo lo esperan de él (33, 5).

2.2. *Cristo como Rey*

También en la primera sección del Prólogo aparece *Cristo como Rey*, en el cual la vida de los monjes es presentada con el fin de “...militar por Cristo Señor, verdadero Rey” (RB, Pról. 3). En el capítulo 2, el autor fundamenta la exigencia de que ningún monje haga distinción de personas en el monasterio en el hecho de que “todos somos uno en Cristo, y servimos bajo un único Señor en una misma milicia” (RB 2, 20). El pensamiento de la *milicia de Cristo* aquí se relaciona con la idea paulina de la unidad con Cristo (cf. Gál 3, 28). El concepto de *militar por Cristo* se repite en RB 61, 10: “puesto que en todo lugar se sirve al único Señor y se milita bajo el mismo Rey”. El final del Prólogo explica de otro modo lo que significa este militar por Cristo o bajo el mismo Rey: “De este modo, no apartándonos nunca de su magisterio y perseverando en su doctrina en el monasterio hasta la muerte, participemos de los sufrimientos de Cristo por la paciencia, a fin de merecer también acompañarlo en su reino” (RB, Pról. 50).

Todas las expresiones antes comentadas aclaran la orientación personal que San Benito quiere dar a su Prólogo. Borias lo sintetiza con estas palabras: “El ideal monástico que él se propone está centrado en el reino de Cristo”.⁸ Este reinado está asociado al señorío de Cristo (cf. Pról. 3; RB 61, 10): Cristo es el *Rey* porque es el *Señor* (cf.

8. BORIAS, *Le Christ dans la Règle*, p. 111.

Apoc 17, 14; 19, 16). Con ambas imágenes complementarias y tradicionales, el autor de la regla quiere subrayar la autoridad absoluta de Cristo y su divinidad.

Por otra parte, el concepto de *milicia* o *militar por Cristo* evoca la idea de servicio, de sujetarse a la regla. Según Manning, estas ideas sugieren incluso un “modo de vivir”, una “obediencia”. De este modo, *militar* incluye la noción de luchar contra la propia voluntad, es decir, significa vivir la obediencia; aunque hay que destacar que San Benito prefiere hablar en términos de *obediencia* y no de *milicia*. Así lo hace al comienzo del Prólogo: “a ti [...] que renuncias a tus propias voluntades y tomas las preclaras y fortísimas armas de la obediencia, para militar por Cristo Señor, verdadero Rey” (Pról. 3). En definitiva, *militar* implica la idea de este combate espiritual que el monje libra contra el demonio bajo la conducción de Cristo.⁹

Finalmente, para San Benito, la metáfora del *esclavo* no es suficiente (a pesar de toda su energía), para expresar la relación del cristiano con el Señor. Según Vögué, “es preciso añadirle la de soldado”.¹⁰ En este sentido, la forma de referirse al cristiano revela algo de la imagen de Cristo: Él es el Rey, presentado bajo su aspecto *guerrero*. Es quien conduce a sus tropas, como general o emperador, a la guerra contra el demonio y a obtener la victoria que los unirá con él plenamente en su Reino.

2.3. Cristo Maestro

Con respecto a este título, Borias observa que si bien San Benito considera al Señor como Maestro, se refiere a este aspecto con una gran discreción e incluso reserva. El autor de la regla nunca alude directamente a Cristo como Maestro, sino que atribuye este título al abad, sin insistir por otro lado en este aspecto de su función. Muy posiblemente, estima que se trata de un término demasiado humano y quiere preservar la trascendencia de Cristo y afirmar su divinidad.¹¹

9. Aunque las alusiones al diablo o al maligno son raras en la Regla, no están del todo ausentes: Pról. 28; RB 1, 4; 38, 8; 43, 8; 53, 5; 54, 4; 58, 28; 65, 2.

10. VÖGUÉ, *La paternité du Chist*, p. 63.

11. BORIAS, *Le Christ dans la Règle*, p. 114.

Sin embargo, para él, Cristo también es *el Maestro que enseña al monje*. Este rol aparece con evidencia en el Prólogo, en el cual Cristo revela a su discípulo el camino que conduce a la verdadera vida. Incluso, desde el punto de vista del procedimiento literario, el autor de la regla que se presenta a sí mismo como maestro (Pról. 1), cede la palabra a Cristo para entrar en su escuela.

El Señor instruye al monje, en primer lugar, *por medio de la Escritura* que es su Palabra (cf. Pról. 14-20; 2, 14-16; 5, 5-6). En segundo lugar, él enseña más aun *por su vida* que ofrece al monje el modelo auténtico a imitar. Para San Benito, el monje imitará al Señor ante todo *por su obediencia*, que fue la disposición esencial de Cristo hacia el Padre y que constituye el fundamento de la vida monástica (RB 5, 13 y 7, 32). En cuanto al abad, lo que se le propone es la misericordiosa solicitud del Buen Pastor (27, 8). El abad es el intérprete autorizado de la regla: *escuchar a este doctor es escuchar al mismo Cristo* (5, 6).¹²

Kemmer añade que la idea de *Cristo como Maestro* se presenta, ya en el prólogo, unida a la intención de “instituir una escuela del servicio divino” (RB, Pról. 45). También en la primera oración del prólogo, el nombre *pius pater* (padre piadoso) que está en correspondencia con *Magister* (Maestro) designa más bien a Cristo que a Dios (cf. Pról. 1). De tal modo que, con él, se relaciona tanto el *magisterium* que ha de ser escuchado por el monje, como la *doctrina* en la que ha de permanecer hasta su muerte (cf. Pról. 50). Con todo hay que destacar, siguiendo a Borias, que en la regla no se le quiere dar un acento especial al rol doctrinal de Cristo, como lo indica por ejemplo el uso poco frecuente del término *schola*. San Benito parece reaccionar contra una concepción demasiado centrada en el aspecto educativo de la regla.¹³

12. Ibid., p. 115.

13. Ibid., p. 116.

2.4. Cristo como Padre

En la regla, San Benito da a Cristo el nombre de *Padre* refiriéndose, explícita o implícitamente, a la Escritura. Lo importante es esclarecer *en qué sentido* él entiende este título cuando lo aplica a Cristo. Borias se pregunta si es simplemente en razón de su rol de maestro espiritual y de educador o si él quiere significar una paternidad adoptiva real de Cristo en relación con el monje, al modo como Cristo está unido al Padre o si se trata de ambos sentidos al mismo tiempo. Para la comprensión de la cuestión, se propone primero una contextualización del tema y luego un análisis detallado de los pasajes más importantes de la regla.

A. El contexto del planteo

La fe ve en el abad al representante del Señor en el monasterio: “Se cree, en efecto, que (el abad) hace las veces de Cristo en el monasterio, puesto que se lo llama con ese nombre, según lo que dice el Apóstol: *Recibieron el espíritu de adopción de hijos, por el cual clamamos: Abba, Padre.*” (RB 2, 2-3). La idea de la *paternidad de Cristo* es familiar en los primeros cinco siglos del cristianismo y especialmente entre los monjes. Es un aporte de Fischer¹⁴ haber señalado que esta interpretación de Rom 8, 15 tenía apoyo en la tradición, independientemente del modo de hablar del autor de la Regla. Por otra parte, la presentación que hace Benito del pasaje de Romanos no puede ser caracterizada simplemente como extravagante; el mismo Fischer señala que se trata de un pensamiento genuinamente paulino, que aquí introduce una interpretación secundaria: porque, en el fondo, llamar a Cristo *Padre* es tanto como llamarlo *Kyrios*, ya que el *Kyrios* ha devenido para nosotros como el “Nuevo Adán” dispensador de vida (Rm 5, 21), es decir, Progenitor (Stammvater). Además, Pablo afirma lo mismo del *clamar “Kyrios”* (1 Cor 12, 3) que del *cla-*

14. B. FISCHER, *Zu Benedikts Interpretation von Röm 8, 15*, Colligere fragmenta, Beuron, 1952, pp. 124-126, 124-125.

mar “Padre” (cf. Rom 8, 15 y Gál 4, 6): *nadie puede decir “Jesús es el Señor”, sino guiado por el Espíritu Santo.*

Fischer señala como fuente tradicional de esta lectura de Romanos a Orígenes, tanto en escritos que refieren a Cristo, el “Nunc dimittis” y la oración de Simeón, como en otros en los que la descripción del comportamiento de los cristianos hacia el Señor se presenta como *παρρησια*. También hay que añadir que la misma interpretación de Rom 8, 15 se encuentra en la RM. Se trata indudablemente de una referencia a la gracia de adopción, por la cual Cristo nos ha regenerado. La gracia bautismal de adopción da a los creyentes la *parrhsia* (parresía) de llamar “Padre” a Cristo en la oración. Esta alusión a la gracia del bautismo proviene de Orígenes, quien también caracteriza la relación de los cristianos con el Redentor como una *υιοθεσια*.

Afirma Fischer: “porque, en el fondo, llamar a Cristo ‘Padre’ es tanto como considerarlo ‘Señor’, ya que el Señor ha llegado a ser para nosotros el Nuevo Adán dador de vida, Progenitor [Stammvater], según Rom 5, 21”.¹⁵

El pensamiento de la *paternidad de Cristo* ya se encuentra al comienzo del prólogo: “...para que Aquel que se dignó contarnos en el número de sus hijos...” (RB, Pról. 5). De modo que los vocativos siguientes, *iratus pater* (padre airado) y *metuendus dominus* (señor temible), también se refieren a Cristo y no a Dios en general. Él debía juzgarnos a nosotros sus hijos y no hallarnos siervos indignos, merecedores de castigo eterno. También la expresión *pius pater* (padre piadoso) se aplica a Cristo,¹⁶ aunque esta interpretación no se deduzca claramente del contexto; al menos se puede observar que el mismo autor se presenta como representante de Cristo.

15. Ibid., p. 126.

16. En este sentido, vale la posición de Kemmer y de Steidle, cf. KEMMER, *Christus in der Regel*, 5.

B. Los cuatro pasajes de la RB: Pról. 1. 6; 2, 3.7¹⁷

Pról. 1-3: [1] Escucha, hijo, los preceptos del Maestro, e inclina el oído de tu corazón; recibe con gusto el consejo de un padre piadoso, y cúmplelo verdaderamente. [2] Así volverás por el trabajo de la obediencia, a Aquel de quien te habías alejado por la desidia de la desobediencia. [3] Mi palabra se dirige ahora a ti, quienquiera que seas, que renuncias a tus propias voluntades y tomas las preclaras y fortísimas armas de la obediencia, para militar por Cristo Señor, verdadero Rey.

La atribución del nombre *Padre* a Cristo ya aparece en el primer versículo del prólogo: “Escucha, hijo [...] recibe con gusto el consejo de un padre piadoso...” (Pról. 1). Los comentaristas discuten si este *padre piadoso* es Cristo o el autor de la regla.

En atención al texto, Borias señala que el Prólogo pone en escena a tres personajes: Cristo, el monje y el redactor, que se diferencia claramente del primero. En esta ocasión, la paternidad aparece como *una paternidad de maestro espiritual* frente a su discípulo, como lo indican las fuentes escriturísticas y patrísticas del pasaje:

a) San Benito se inspira en el libro de los Proverbios (1, 8; 4, 20-21; 5, 1; 6, 20), en los que el maestro de sabiduría exhorta a su discípulo presentándose a sí mismo como un padre. Luego retomará la misma idea al citar Prov 23, 14 a propósito del abad y de su rol en el monasterio.

b) Borias, asumiendo la opinión de Pawlowsky,¹⁸ afirma que en este pasaje los términos *pater pius* no designan ni de modo inmediato ni explícito a Cristo, sino ante todo al autor de la regla, quien se presenta ante el monje como un padre espiritual.

En conclusión: este texto no puede ser interpretado en favor de la paternidad adoptiva de Cristo. La idea de *paternidad espiritual*, en cambio, es frecuente en la regla a causa de su ejemplo (18, 25; 42, 3; 48, 8) o por sus escritos (9, 8; 73, 2. 4. 5). Sin embargo, nada obliga a encerrar el pensamiento de la regla en un dilema: o Cristo o San

17. En este punto se sigue básicamente el análisis de BORIAS, *Le Christ dans la Règle*, pp. 116-122.

18. *Die biblischen Grundlagen der Regula Benedicti*, Vienne, 1965, p. 35.

Benito; si bien estas dos paternidades no se sitúan en el mismo plano, existe una prolongación de una en la otra: “si San Benito piensa en sí mismo al hablar de *pious pater*, él no se designa así sino en referencia a Cristo. Él es sólo el padre de sus monjes porque tiene el lugar de Cristo en el monasterio. Él sólo puede hablar como maestro espiritual en nombre del Señor, el único Maestro”.¹⁹

RB 2,1-4: [1] Un abad digno de presidir un monasterio debe acordarse siempre de cómo se llama y llenar con obras el nombre de superior. [2] Se cree, en efecto, que hace las veces de Cristo en el monasterio, puesto que se lo llama con ese nombre, [3] según lo que dice el Apóstol: *Recibieron el espíritu de adopción de hijos, por el cual clamamos: Abba, Padre.*

[4] Por lo tanto, el abad no debe enseñar, establecer o mandar nada que se aparte del precepto del Señor...

Este es el texto fundamental sobre el cual se apoya la tesis de la paternidad adoptiva de Cristo. Como ya se ha indicado antes, Fischer muestra cómo esta interpretación de Rom 8, 15 tiene apoyo en la tradición. La finalidad de San Benito en este pasaje es explicar el rol que tiene el abad de ocupar el lugar de Cristo. En este sentido, el capítulo 63 aporta una confirmación a partir de una expresión paralela: “Al Abad, puesto que se considera que hace las veces de Cristo, llámeselo *señor y abad...*” (63, 13).

En cuanto al valor del texto para el tema cristológico: aun cuando el autor piensa aquí en la paternidad adoptiva de Cristo, esta no está aquí en su horizonte inmediato. En todo este capítulo, sobresale el tema de la *paternidad espiritual* y la autoridad moral del abad, que se apoya sobre la de Cristo. El capítulo 63, que pone en paralelo *Dominus* y *abbas* (63, 13), confirma claramente la paternidad de Cristo, pero no permite precisar nada de su naturaleza.

RB 63,13: Al abad, puesto que se considera que hace las veces de Cristo, llámeselo *señor y abad*, no para que se engría, sino por el honor y el amor de Cristo.

19. BORIAS, *Le Christ dans la Règle*, pp. 118-119.

Tanto para Kemmer como para Borias, este texto de la RB que trata del *padre de familia*, en referencia al abad que cuida del rebaño, también ha de entenderse del mismo Cristo: la tradición interpreta al jefe de familia de Mt 20, 1 ss., como Cristo. Así se puede observar en el prólogo, en el cual se habla de *Dominus* (Señor): “Y el Señor, que busca su obrero entre la muchedumbre del pueblo al que dirige este llamado, dice...” (RB, Pról. 14).

La expresión *padre de familia*, ciertamente distinta que la de *padre*, evoca la idea de *jefe de familia o de la casa*. Es bajo este aspecto que San Benito contempla aquí a Cristo: Él es el propietario que administra su dominio, posee una tropa y tiene responsabilidad por ella. Se trata de las relaciones de maestro a esclavo.

RB, Pról. 4-7: [4] Ante todo pídele con una oración muy constante que lleve a su término toda obra buena que comiences, [5] para que Aquel que se dignó contarnos en el número de sus hijos, no tenga nunca que entristecerse por nuestras malas acciones. [6] En todo tiempo, pues, debemos obedecerle con los bienes suyos que Él depositó en nosotros, de tal modo que nunca, como padre airado, desherede a sus hijos, ni como señor temible, irritado por nuestras maldades, entregue a la pena eterna, como a pésimos siervos, a los que no quisieron seguirle a la gloria.

La persona de Cristo domina todo el Prólogo. En este pasaje, San Benito se inspira en la parábola del siervo sin entrañas (Mt 18, 21-35), como lo indica el paralelismo de los términos. El texto escriturístico permite comprender mejor las ideas de este pasaje de la regla, el lazo profundo que une a Cristo, la oración del monje y el temor del juicio.

Lo que sobre todo se pone en claro es la *paternidad adoptiva de Cristo*: porque es a Cristo que San Benito aplica esta parábola que concierne a su Padre según San Mateo.

Sin duda, el título de Rey que el autor de la regla ha dado a Cristo anteriormente en el Prólogo evoca el recuerdo de esta parábola y su perspectiva escatológica (cf. Pról. 5).

En conclusión: este pasaje del Prólogo permite resolver de una manera positiva el problema de la paternidad adoptiva de Cristo y leer el capítulo 2 en esta perspectiva. Para San Benito, Cristo no es

solamente el padre espiritual del monje, sino también su *padre adoptivo*. Esta paternidad es el fundamento de su rol ante el discípulo.

2.5. Cristo Buen Pastor

A la hora de presentar y explicar la función del abad con respecto al rebaño que le ha sido confiado, el autor tiene ante sus ojos a Cristo como *Buen Pastor*. En esta ocasión, Benito no alude a Jn 10, pasaje en que Jesús se caracteriza a sí mismo como “Buen Pastor”, sino que propone la parábola de la oveja perdida, de Lc 15: “Imite [el abad] el ejemplo de piedad del Buen Pastor, que dejó noventa y nueve ovejas en los montes y se fue a buscar una que se había perdido. Y tanto se compadeció de su flaqueza, que se dignó cargarla sobre sus sagrados hombros y volverla así al rebaño.” (RB 27, 8-9) Esta descripción amorosa de la escena evita una consideración personalista y reitera el estilo austero de la regla. Se trata de uno de los párrafos que evidencian el íntimo amor que el autor tiene hacia Cristo.

Para San Benito, es el ejemplo de Cristo y su comportamiento lleno de solicitud lo que debe imitar el abad. La parábola de la oveja perdida está sacada de contexto: Cristo no es solamente el pastor, sino el *Buen Pastor*. Este adjetivo lo diferencia ya del abad y expresa una vez más la discreción del autor y su interés de destacar la divinidad del Señor.

2.6. Cristo Médico

El título de *Cristo como Médico* no aparece en ningún lado de la regla explícitamente; sin embargo, en el capítulo 28 es pensado en estos términos. Allí se le propone al abad que se comporte como un “sabio médico” ante el hermano incorregible (cf. RB 28, 2). La regla, luego de mencionar todos los medios que han de ser empleados, hace referencia al más eficaz que es la oración que invoca la intervención del mismo Cristo: “para que el Señor, que todo lo puede, sane al hermano enfermo” (RB 28, 5). Que esta alusión al Señor se refiere a Cristo queda, según Steidle, probado a partir de la tradición.

3. Conclusión

El estudio de los distintos aspectos y figuras cristológicas en la regla pone en evidencia que *Cristo se ubica en el centro de la vida monástica*.²⁰ El monje lo encuentra en todas partes en el monasterio, descubre en Él la razón, el modelo y el fin de su existencia; vive en comunión con Él.

Según Borias, estas son afirmaciones profundamente tradicionales; en ellas, San Benito se muestra como un testimonio fiel de las enseñanzas de la Escritura y de la Iglesia y no hace más que aplicarlas al monaquismo sin innovar nada. El autor de la regla refleja en particular la tradición romana, hecha de sobriedad, de medida y de reserva. Aun cuando su amor viril por el Señor deja transparentar cierta dimensión de su ardor, su afición profunda ignora la efusión lírica. Ve esencialmente en Él al Señor y, voluntariamente, ignora al hombre Jesús.

3.1. *El amor de Cristo*

A modo de conclusión, parece oportuno repasar el tema del *Amor de Cristo* en la regla. Como afirma Borias, “*el amor de Cristo está en el corazón mismo de la regla*”²¹ y le comunica su vida y su calor: es *el amor de Cristo* por el monje y *el amor del monje por Cristo*.

El amor de Cristo al monje

San Benito habla discretamente de este amor, como lo prueba la rareza y la brevedad de las menciones sobre este punto y lo hace con frecuencia a través de textos de la Escritura: “Y los discípulos deben prestarla [la obediencia] de buen grado porque *Dios ama al que da*

20. Las figuras cristológicas se pueden completar con las de: *el Hombre, el Cristo muerto y resucitado, Dios, el Cristo Eucarístico*; para ello cf. BORIAS, *Le Christ dans le Règle*, pp. 124-138.

21. *Ibid.*, p. 134.

con alegría". O bien: "Pero seguros de la recompensa divina que esperan, prosiguen gozosos diciendo: *Pero en todo esto triunfamos por Aquel que nos amó*" (RB 5, 16; 7, 39).

A través de la obra se pone de manifiesto que este amor de Cristo es *el amor de un Padre* lleno de benevolencia y de misericordia hacia sus hijos, pero también lleno de tristeza por sus malas acciones (cf. Pról. 5-6). Es *el amor del Buen Pastor*, que se consagra todo entero a la búsqueda de la oveja perdida y que da al abad el ejemplo de la verdadera ternura (27, 8-9). Esta misericordia se presenta también como *compasión por la flaqueza humana* (27, 9), siguiendo la imagen del sumo sacerdote (Heb 4, 15). En este caso, se quiere resaltar el amor de Cristo como don total de sí mismo en el misterio de la redención.

La descripción dada por San Benito, insiste sobre la *ternura* y la *grandeza* de este amor. Su ternura: *pius* y *pietas* expresan el sentimiento paternal (Pról. 1; 2, 24) y la fuerza de la misericordia, la paciencia, y la esperanza (Pról. 20. 38). El abad es *el intérprete* de esta ternura de Cristo hacia el monje (Pról. 1; 2, 22). Por lo tanto, el autor de la regla es muy sensible a este aspecto de la responsabilidad abacial.

El amor del monje a Cristo

La regla se concentra, sobre todo, en el amor que el monje debe a Cristo y que es el alma de su vida. La fórmula *amor Christi* (amor a Cristo) tiene su preferencia:

- no anteponer nada al amor de Cristo (4, 21);
- orar por los enemigos en el amor de Cristo (4, 72);
- no ya por temor al infierno, sino por amor a Cristo (7, 69);
- llámeselo *señor* y *abad* [...] por el honor y el amor de Cristo (63, 13);
- es que el amor los incita a avanzar hacia la vida eterna (5,10).

Este amor a Cristo está unido al amor al prójimo, aunque San Benito distingue claramente entre los dos (cf. Pról. 48; 68, 5). La soberanía de este *amor a Cristo* se expresa en esta querida sentencia de la tradición cristiana: "no anteponer nada al amor de Cristo" (RB 4,

21). El autor introduce al final de su obra una afirmación semejante: “y nada absolutamente antepongan a Cristo” (72, 11).

Otro tema importante es el de la obediencia. La *obediencia por amor* es la imagen de la propia sumisión de Cristo a la mirada del Padre (5, 13; 7, 31-32). Es ante todo por su obediencia que el monje se une a Cristo: en la obediencia al abad que le descubre la voluntad del Señor, él obedece al mismo Cristo y funda su voluntad en la de su Señor.

Por último, este amor por Cristo es el *fundamento de todas las relaciones personales en el seno de la comunidad*. En la parábola del juicio final (Mt 25, 31-46), él sólo retiene la lección de la caridad fraternal (cf. 36, 2-3; 53, 2).

Virginia Raquel Azcuy